

LIBRO XXVIII.

SUMARIO.

Ventajas obtenidas sobre los cartagineses por los legados Silano y L. Scipión, hermano de Cornelio. — Victorias de Sulpicio y Atalo, rey de Asia, aliado de los etolios, sobre Filipo, rey de Macedonia. — Triunfo concedido á los coroneles M. Sirio y Claudio Nerón. — Apágase el fuego sagrado en el templo de Vesta. — P. Scipión arroja de España á los cartagineses. — Pasa al Africa y ajusta alianza con Sifax, rey de Numidia. — Combate de dos príncipes por el trono de su padre. — Sitio de As-tapa. — Enfermedad de Scipión: sedición en su ejército: restablecimiento del general y reducción de los pueblos rebeldes de España: — Traba amistad con Masinissa. — Tratado con los habitantes de Cádiz después de la marcha de Magón. — De regreso á Roma le nombran cónsul, se le concede la Sicilla con facultad de pasar al Africa. — Magón se dirige á Italia.

El paso de Asdrúbal á Italia, llevando á esta provincia toda la fuerza de la guerra, parecía que había aliviado algo las Españas, cuando de pronto se encendieron las hostilidades con tanto vigor como antes. Divi-díanse entonces las Españas entre romanos y cartagi-neses del modo siguiente: Asdrúbal, hijo de Giscón, se había retirado á lo último del país, hacia el Océano y Cádiz. La costa de nuestro mar y casi toda la España oriental obedecían á Scipión y á los romanos. El gene-

ral Hannón, designado para reemplazar á Asdrúbal Barca, había llegado de África con un ejército nuevo, se había unido con Magón, y en poco tiempo había organizado fuerzas considerables en la Celtiberia, á igual distancia de los dos mares. Scipión envió contra él á M. Silano con mil infantes y quinientos caballos. Silano forzó la marcha cuanto permitían las dificultades de los caminos y el considerable número de desfileros, cerrados por espesos tallares que por todas partes se encuentran á cada paso en España; adelantóse á los mensajeros del país y hasta al rumor de su llegada, y tomando por guías algunos desertores celtibéricos, llegó á presencia del enemigo. Los guías le enteraron, cuando solamente distaba unas diez millas de los cartagineses, de que había dos campamentos en el camino que seguía: á la izquierda el de los celtibéricos, con más de nueve mil hombres de tropas bisoñas; á la derecha, el de los cartagineses. Estos tenían avanzadas, centinelas, y habían tomado todas las precauciones militares acostumbradas para su seguridad y defensa. Los celtibéricos mostraban la seguridad y negligencia de bárbaros y de bisoños que nada temen, porque se encuentran en su terreno. Silano decidió comenzar el ataque por ellos; mandó á los suyos que se inclinasen cuanto pudiesen á la izquierda para que no pudiesen verles las avanzadas cartaginesas; y, precedido por sus exploradores, marchó rápidamente al enemigo.

Tres millas distaban solamente, y ni un solo bárbaro se había alarmado. El terreno era pedregoso, estaba cubierto de malezas y surcado por colinas. Las tropas se detuvieron en un valle bastante profundo donde no podían verlas, y allí tomaron alimento. Entretanto regresaron los exploradores y confirmaron lo dicho por

los desertores. Los romanos entonces, colocando los bagajes en el centro del valle, empuñaron las armas y avanzaron en orden de batalla. A mil pasos de distancia les vió el enemigo y comenzó á agitarse tumultuosamente. Saliendo en seguida de su campamento Magón, acudió á toda brida, á los primeros gritos, en cuando se dió la alarma. En las filas de los celtibéricos había cuatro mil hombres armados con escudos y doscientos jinetes, constituyendo una verdadera legión y lo mejor del ejército: colocóles en primera fila, y el resto, que eran tropas ligeras, lo dejó de reserva. Salía del campamento en este orden de batalla, cuando apenas fuera de las empalizadas, cayó sobre él una lluvia de venablos. Los bárbaros se bajaron para escapar á los dardos de los romanos, y en seguida se alzaron para lanzar los suyos. Los romanos, que, según su costumbre, estrechaban las filas, los recibieron en los escudos unidos: en seguida atacaron á la espada, y comenzó la lucha cuerpo á cuerpo. Pero las asperezas del terreno impedían los movimientos de los celtibéricos, que ordinariamente corren de un lado para otro, inutilizando su agilidad, mientras que no dejaban de favorecer á los romanos, acostumbrados á pelear á pie firme, aunque las escabrosidades y las malezas, rompiendo sus líneas, les obligaban á pelear uno á uno ó dos á dos, como si estuviesen formados en parejas. Los obstáculos que impedían al enemigo huir, le entregaban como encadenado á los golpes de los romanos. Así fué que, encontrándose casi totalmente destruido el cuerpo de celtibéricos que llevaba escudos, las fuerzas ligeras y los cartagineses, que habían venido del otro campamento á socorrerlos, perdieron el valor y se dejaron matar. Dos mil infantes á lo más y toda la caballería huyeron.

con Magón desde el primer ataque. Hannón, el segundo general, y todos los que llegaron los últimos, después de declarada la derrota, quedaron prisioneros. La caballería, casi entera, que seguía á Magón en su fuga, con lo que quedaba de la antigua infantería, llegó, después de diez días de marcha, á la provincia de Cádiz, donde se reunió con Asdrúbal; los bisoños celtibéricos se dispersaron en los bosques inmediatos, y desde ellos regresaron á sus hogares. Esta victoria fué muy oportuna para ahogar, no diré una guerra encendida ya, sino un germen de guerra, amenazador para el porvenir, si Cartago hubiese podido, después de la sublevación de los celtibéricos, llevar á las armas los otros pueblos de España. Scipión elogió mucho á Silano; en seguida, no queriendo perder por lentitud la esperanza que tenía de concluir, marchó contra Asdrúbal, que mantenía los restos de la guerra en el fondo de España. El cartaginés, que se había establecido en la Bética para asegurarse la fidelidad de sus amigos, decampó de pronto, y con rápida marcha, que más parecía fuga que retirada, llegó al Océano y Cádiz. Pero convencido de que, si conservaba sus fuerzas formando ejército, sería siempre objeto de los ataques del enemigo, las repartió en diferentes ciudades, para que quedasen seguras detrás de las murallas, que á su vez se encargarían de defender.

En cuanto vió Scipión que la guerra se desparramaba, y que la necesidad de llevar sus armas de una ciudad á otra le costaría más tiempo que trabajo, retrocedió. Sin embargo, para no abandonar al enemigo aquella comarca, envió á su hermano L. Scipión, con diez mil infantes y dos mil caballos, á sitiar la ciudad más importante del país, llamada Oringis por los bárbaros,

situada en la frontera de los melesos, en terreno fértil, en el que se explotan hasta minas de plata: ésta era la plaza de armas de Asdrúbal y su punto de partida para sus excursiones al interior de las tierras. Scipión marchó á acampar bajo sus murallas; pero antes de formalizar el sitio, envió mensajeros á las puertas para sondear los ánimos en una conferencia y persuadir á los habitantes á probar la alianza de los romanos, más bien que experimentar su fuerza. Habiendo sido rechazadas estas insinuaciones, trazó en derredor de la ciudad un foso y doble parapeto, y dividió su ejército en tres cuerpos, para que uno trabajase sin interrupción, mientras descansaban los otros dos. Cuando el primer cuerpo comenzó el ataque, trabóse combate terrible, cuyo resultado fué dudoso. Era difícil acercarse á las murallas y aplicar escalas bajo la lluvia de venablos que caía; los que conseguían apoyar las escalas, ó caían derribados por horquetas destinadas á este uso, ó eran cogidos desde arriba por manos de hierro, que amenazaban arrebatarlos y llevarlos sobre los muros. Comprendió Scipión que el corto número de los suyos hacía desigual la lucha, y que el enemigo tenía además la ventaja de pelear desde lo alto de las murallas; mandó, por consiguiente, avanzar los otros dos cuerpos á la vez, después de retirar el primero, y comenzó de nuevo el ataque. Este movimiento infundió tal terror á los sitiados, cansados ya por el primer asalto, que los habitantes desertaron de pronto de las murallas, y la guarnición cartaginesa, temiendo una traición, abandonó sus puestos y se reconcentró en un solo punto. Los habitantes se espantaron al pensar que si el enemigo entraba en la ciudad sacrificaría indistintamente á cuantos encontrase, cartagineses ó españoles. Corrieron,

pues, á abrir una puerta y se precipitaron en tropel fuera de las murallas, cubriéndose con los escudos para preservarse de los dardos lanzados desde lejos y presentando el brazo derecho desnudo para hacer ver que no llevaban armas. La distancia impidió á los romanos ver aquella actitud, ó temieron alguna asechanza: esto no ha podido averiguarse; lo cierto es que cayeron precipitadamente sobre aquellos fugitivos y los exterminaron como á enemigos. La misma puerta dió entrada á los vencedores, mientras los otros caían bajo las hachas y espadas. Cada jinete, á medida que entraba, corría á toda brida hacia el foro para apoderarse de él, según las órdenes del general; con este objeto, un cuerpo de triarios esperaba á la caballería. Las legiones se extendieron por los demás puntos de la ciudad, sin saquear, sin degollar á los que encontraban como no llevasen armas para defenderse. Encadenaron á todos los cartagineses y cerca de trescientos habitantes, que eran los que habían cerrado las puertas. Dejaron á los demás en posesión de la ciudad, y se les devolvieron sus bienes: el enemigo perdió cerca de dos mil hombres en el sitio: los romanos no tuvieron más de noventa muertos.

La toma de esta plaza fué motivo de profundo regocijo para los que habían cooperado á ella, tanto el general como el ejército. La pompa de su regreso la realzó la multitud de cautivos que llevaban delante. Scipión elogió mucho á su hermano y celebró en términos muy honrosos la toma de Oringis, igualándola con su conquista de Cartagena; pero como la proximidad del invierno no le permitía arriesgar una tentativa sobre Cádiz, ni perseguir al ejército de Asdrúbal, diseminado por todos los puntos de la provincia, reunió todas sus tropas en la España citerior, envió las legiones á sus

cuarteles de invierno, mandó partir para Roma á su hermano L. Scipión con Hannón el general de los enemigos y los prisioneros de más valía, y se retiró él mismo á Tarragona. Este año, la flota romana, que había pasado de Sicilia á África, á las órdenes del procónsul M. Valerio Lucino, realizó numerosas devastaciones en el territorio de Cartago y de Utica, extendiéndose el pillaje hasta las fronteras del territorio cartaginés bajo las mismas murallas de Utica. Al regresar á Sicilia, los romanos encontraron la flota enemiga, formada por setenta naves largas: apoderáronse de diez y siete, echaron á pique cuatro, dispersando y poniendo en fuga á las demás. Vencedor por mar y tierra, entró el procónsul en Lilibea, con rico botín de toda especie. La dispersión de la flota enemiga permitió hacer llegar á Roma numerosos convoyes de trigo.

Al comenzar el estío en que se realizaron estos acontecimientos, el procónsul L. Sulpicio y el rey Atalo, que habían invernado en Egina, como antes dijimos, hicieron rumbo hacia Lemnos con sus flotas reunidas: el procónsul tenía veinticinco quinquerremes, y el rey treinta y cinco. Filipo, por su parte, que quería estar en condiciones de hacer frente al enemigo por mar y tierra, bajó á Demetriades en las orillas del mar, citando á su ejército de tierra cerca de Larisa. A la noticia de su llegada, los embajadores de los aliados acudieron de todas partes á Demetriades. Los etolios habían levantado la cabeza, fuertes con la alianza romana y la presencia de Atalo, y talaban los territorios vecinos. No eran los únicos dominados por el espanto los acarnanios, beocios y habitantes de la Eubea; también los aqueos veían unirse, á los apuros de la guerra de Etolia, los temores que les inspiraba Macanidas, tirano de Lacedemo-

nia, acampado en las fronteras de los argienos. Todos enumeraban los peligros que amenazaban á su patria por tierra y mar, é imploraban los socorros del rey, quien recibía de su reino noticias igualmente alarmantes. Scerdiledo y Pleurato habían salido á campaña, y entre los pueblos de la Tracia, los medos debían, á las primeras hostilidades que retuviesen lejos al rey, arrojarle sobre las fronteras de la Macedónia. Los beocios y los pueblos de la Grecia central anunciaban que los etolios se habían apostado en el desfiladero de las Termópilas, en el punto en que, estrechándose la garganta, apenas deja paso, y que la habían cerrado con un foso y un parapeto para impedir á Filipo que socorriese á las ciudades aliadas. El jefe menos activo no podía dormir al ver brotar tantas dificultades en derredor suyo. Filipo despidió aquellas legaciones, prometiendo que, según lo permitiesen el tiempo y las circunstancias, socorrería á todos sus aliados, y atendió al asunto más urgente en aquel momento, enviando una guarnición á Peparetho, á donde, según se decía, había marchado Atalo desde Lamnos con su flota, y cuyo territorio tabala. Polifanta pasó con escasas fuerzas á la Beocia; Menipo, uno de los oficiales del rey, marchó á Calcis con mil peltastos, especies de escudos parecidos á la cetra. Agregáronseles quinientos agrianos con objeto de que pudieran defender toda la isla. El rey marchó á Scotusa, á donde mandó acudir el ejército macedonio, que se encontraba en Larisa. Allí supo que una asamblea de etolios debía reunirse en Heraclea y que á ella acudiría el rey Atalo para concertar las operaciones de la campaña. En vista de esto, decidió turbar la reunión con su inesperada presencia, y avanzó á marchas forzadas hacia Heraclea; pero la asamblea estaba disuelta

cuando llegó. Sin embargo, destruyó la cosecha, que tocaba á su madurez, sobre todo cerca del golfo Eniano, y regresó á Scotusa. Allí dejó todo el ejército, menos una cohorte de su guardia, con la que marchó á Demetriades, y en seguida, para estar dispuesto ante cualquier movimiento del enemigo, envió á la Fócida, á la Eubea y á Peparetho hombres seguros, con orden de subir á las alturas y encender hogueras. Él mismo colocó, sobre la cima más elevada del monte Tiseo, un vigía encargado de observar las señales lejanas y de advertirle en seguida de cuantas disposiciones tomase el enemigo. El general romano y el rey Atalo pasaron de Peparetho á Nicea, en seguida pusieron rumbo á la Eubea, para sitiar la ciudad de Orea, la primera que se ve á la izquierda partiendo del golfo de Demetriades y dirigiéndose á Calcis y el Euripo. Atalo y Sulpicio convinieron en que los romanos atacarían por el lado izquierdo del mar y las tropas del rey por tierra.

Cuatro días después de la llegada de la flota comenzaron las operaciones, habiendo empleado este tiempo en entrevistas secretas con Plator, que mandaba en Orea á nombre de Filipo. Dos fortalezas defienden la plaza: una domina al mar, la otra está en el centro de la ciudad. Desde este punto se comunica con la playa por un subterráneo, cerrado por el lado del mar por una torre de cinco pisos de excelente defensa. Allí se reconcentraron primeramente todos los esfuerzos; la torre estaba abundantemente provista de dardos, y las naves habían desembarcado todas las máquinas á propósito para batirla (1). Mientras aquella encarnizada lu-

(1) La máquina más usada para combatir las fortificaciones era el ariete, es decir, una viga armada con una cabeza de hierro. Esta viga quedaba suspendida con dos cadenas. Algunas veces

cha atraía todas las miradas y preocupaba todos los ánimos, Plator introdujo á los romanos por la puerta del fuerte que daba al mar, y en un instante se apoderaron de la fortaleza. Rechazados los habitantes del centro de la ciudad, se replegaron en la otra fortaleza; pero allí encontraron gentes preparadas que les cerraron las puertas, y estrechados entre los enemigos, sucumbieron ó fueron hechos prisioneros. La guarnición macedonia se formó en masa compacta al pie de la fortaleza y allí se mantuvo sin huir en desorden, pero también sin combatir con vigor. Plator obtuvo de Sulpicio que la perdonase; la embarcó y la envió á Demetriades, en Phthiotida, retirándose él al lado de Atalo. Orgullosa Sulpicio por aquel triunfo tan fácil, dirigió en seguida hacia Calcis su flota victoriosa, pero el éxito distó mucho de corresponder á sus esperanzas. Abierto arriba y abajo, el mar se estrecha en Calcis en angosto canal, y presenta á primera vista como dos puertos, teniendo cada uno su entrada particular: á pesar de esto, no podría encontrarse fondeadero más peligroso, porque desde lo alto de las elevadas rocas que forman la orilla por los dos lados, llegan rachas repentinas y huracanadas, y el Euripo (1), sin experimentar siete ve-

la utilizaban sin más apoyo que los hombros de los soldados que la movían; pero esto solamente debió acontecer en la infancia de la estrategia ó en los casos repentinos y apremiantes en que se hubiese necesitado demasiado tiempo para emplear un ariete grande. Las máquinas llamadas balistas ó catapultas lanzaban proyectiles que solamente eran temibles para los hombres, puesto que no hacían daño alguno á las murallas.

(1) El Euripo es un canal pequeño, situado entre la Beocia y la Eubea. Creían los antiguos que este canal experimentaba siete veces al día movimiento de flujo y reflujo. Pero es lo cierto que su agitación no ofrece periodicidad, y depende de corrientes formadas por el movimiento de la alta mar. Según que las aguas

ces al día, como se ha dicho, flujo y reflujo periódicos, se convierte en juguete de los vientos que agitan el mar en uno ú otro sentido, y parece torrente que cae de escarpada montaña. Las naves no descansan allí de día ni de noche; y la dificultad de aquel fondeadero, la fuerza de la ciudad, encerrada de un lado por el mar, y por el de tierra rodeada de excelentes fortificaciones, la numerosa guarnición que la defendía, y, sobre todo, la fidelidad de los jefes y ciudadanos principales, que no imitaron la inconstancia y perfidia de los de Orea, todo hacía inexpugnable la plaza. Así fué que Sulpicio se mostró prudente en medio de su misma imprudencia; y á la vista de tantas dificultades, y temiendo perder un tiempo precioso, renunció en seguida á su empresa, y se dirigió á Cyno, imperio de los locrios de Opunta, situada á mil pasos del mar.

Las hogueras encendidas en las alturas de Orea (1) habían advertido á Filipo; pero por la traición de Plator, la señal llegó demasiado tarde. La inferioridad de sus fuerzas navales no le permitía tampoco abordar á la isla, destruyendo los retrasos sus proyectos. Pero en cuanto á Calcis, pudo á la primera señal correr á socorrerla: en efecto, Calcis, aunque situada en la Eubea, está separada del continente por un canal tan an-

del lago se dirigían á la punta meridional ó á la septentrional de la Eubea, resultaba una corriente que marchaba en el canal de Sur á Norte ó de Norte á Sur. Esta corriente era de ordinario rápida por efecto de la poca latitud del cauce, de lo que resultaba que la menor oscilación del mar lanzaba las aguas por el Euripo como por una esclusa.

(1) Parece que los sistemas de señales eran muy antiguos en Grecia. Si se pudiera considerar como historia un hermoso cuadro trazado por Esquilo, creeríase que la noticia de la toma de Troya pudo llegar á Argos en una noche, por medio de hogueras encendidas de promontorio en promontorio y de isla en isla.

gosto, que la une un puente á tierra firme, haciéndola accesible por mar y tierra. Filippo, que había marchado de Demetriades á Scotusa, dejó esta ciudad á la tercera vigilia, desemboscó la guarnición etolia, colocada en las Termópilas, y la derrotó; en seguida, rechazando al enemigo aterrado hasta el pie de las murallas de Heraclea, llegó el mismo día á Etaba, en la Fócida, después de una marcha de más de sesenta millas. Aquel mismo día tomaba el rey Atalo la ciudad de Opunta y la entregaba al pillaje: Sulpicio le había abandonado el botín, porque los romanos habían saqueado pocos días antes Orea, sin que los soldados del rey tomasen parte en el saqueo. Aun estaba fondeada la flota romana delante de esta ciudad, y Atalo, ignorando la proximidad de Filippo, no se ocupaba más que de exigir dinero á los ciudadanos principales de Opunta. El ataque de Filippo fué tan repentino, que á no ser por algunos cretenses que habían salido á forrajear bastante lejos de la ciudad, y que vieron al enemigo, Atalo hubiese podido quedar destruído. Precipitadamente huyó hacia el mar, sin armas y en desorden, y se embarcó; levaban el ancla cuando llegó Filippo, infundiendo terror en las tripulaciones su presencia en la costa. Desde allí marchó á Opunta, acusando á los dioses y á los hombres por haberle quitado y arrancado casi de las manos tan hermosa presa. También descargó sobre los opuntinos parte de su cólera; censuróles no haber dilatado más el sitio, como debieron, sino que se habían entregado voluntariamente, por decirlo así, al presentarse el enemigo. Después de arreglar los asuntos de Opunta, partió para Torono. Atalo se retiró primeramente á Orea, pero á la noticia de que Prusias, rey de Bitinia, había invadido sus estados, lo olvidó todo,

abandonó la guerra de Etolia y regresó al Asia. Sulpicio llevó su flota á Egina, de donde partió al comenzar la primavera. La toma de Torono no costó más trabajo á Filippo, que costó á Atalo la de Opunta. Habitaban Torono los fugitivos de Tebas en Phthiotida; después que Filippo tomó su ciudad, se colocaron bajo la protección de los etolios, que les habían cedido la posesión de Torono, talado y abandonado por aquel príncipe en la anterior campaña. De Torono, del que se apoderó, como hemos dicho, se dirigió sobre Tritorión y Drimas, plazas pequeñas y poco importantes de la Dórida, de las que se apoderó. En seguida marchó á Elatea, donde tenían orden de esperarle los embajadores de Ptolomeo y de los rodios. Cuando se trataba de los medios para terminar la guerra de la Etolia (porque los legados habían asistido también en Heraclea á la última asamblea de los romanos y de los etolios), súpose que había decidido Macanidas atacar á los ebenos en medio de sus preparativos para celebrar los juegos olímpicos. Filippo quiso adelantarse á este ataque; despidió á los legados, diciéndoles con benevolencia que no había sido autor de la guerra de Etolia, y no sería nunca obstáculo para la paz, pero en el caso de que le ofreciesen condiciones justas y honrosas. En seguida partió á la cabeza de las tropas ligeras, atravesó la Beocia, bajó á Megara, después á Corinto, donde tomó víveres, y pasó á Fliunta y Fenea. Cuando se encontraba en Herea, enterado de que Macanidas, asustado por la noticia de su marcha, se había retirado á Lacedemonia, marchó á Egio para asistir á la asamblea de los aqueos; esperando también encontrar allí la flota cartaginesa que había pedido, para tener á su disposición una bastante importante. Pocos días antes se habían presentado los

cartagineses en las costas de la Focida, desde donde habían marchado á los puertos de los acarnanios, á la noticia de que Atalo y los romanos habían partido de Orea, porque temían que avanzasen contra ellos y les sorprendiesen en Rhium, en el pasaje donde se estrecha el golfo de Corinto.

Disgustado y triste se encontraba Filippo por no haber podido, á pesar de la rapidez de sus marchas, llegar á tiempo en ninguna de sus empresas, y ver que la fortuna se lo quitaba todo ante los ojos y se burlaba de su celebridad. Sin embargo, en la asamblea ocultó su disgusto y mostró nobles sentimientos, poniendo por testigos á los dioses y los hombres de que en ningún momento ni ocasión había faltado; por todas partes donde había resonado el ruido de las armas enemigas, allí había acudido con la rapidez posible. Pero era difícil decidir si había mostrado más audacia en marchar al combate que apresuramiento el enemigo por evitar el encuentro. Por esta razón, Atalo en Opunta, Sulpicio en Calcis y recientemente Macanidas, habían escapado de sus manos. Pero no siempre se triunfaba huyendo, y no podía considerarse como difícil una guerra en la que se estaba seguro de vencer en cuanto se alcanzase al enemigo. Ya había conseguido una ventaja, la de que el enemigo confesase su inferioridad. Pronto conseguiría una victoria que no sería dudosa, y en el campo de batalla el resultado justificaría los temores del enemigo. Los aliados escucharon con gusto estas palabras; y Filippo devolvió en seguida Herea y la Trifilia á los aqueos y Alifera á los megalopolitanos, que probaban haber formado siempre parte de su territorio esta plaza. En seguida con las naves que le dieron los aqueos (tres cuadrirremes y tres birremes) pasó á

Anticira. De allí partió con siete quinquerremes y más de veinte barcas, que había enviado al golfo de Corinto á reunirse con la flota cartaginesa, y desembarcó en Eritras, ciudad de Etolia, vecina de Eupalio. Los etolios le esperaban; los habitantes de los campos y de los fuertes inmediatos á Potidania y Apolonia se habían refugiado en los bosques y montañas. Apoderóse de los ganados, que no pudieron llevarse los fugitivos en su precipitación, y los trasladó á sus naves, mandando á Nicias, pretor de los aqueos, que los llevase con todo el botín á Egio, mientras marchaba él á Corinto, desde donde mandó á su infantería fuese por tierra á Beocia. Por su parte se embarcó en Cencreis, costeó el Atica, dobló el cabo Sunio y llegó á Calcis casi á través de las flotas enemigas. Celebró la fidelidad y el valor de los habitantes, á quienes ni el temor ni la esperanza había podido quebrantar, y les exhortó á perseverar en la liga con igual constancia, si preferían su suerte á la de los oritanos y opuntinos; en seguida puso rumbo á Orea, encargó la autoridad superior y custodia de la plaza á aquellos ciudadanos principales que, después de la toma de la ciudad, habían preferido huir á someterse á los romanos, y regresó de la Eubea á Demetriades, de donde partió primeramente para volar en socorro de los aliados. Muy poco después comenzó en Casandrea la construcción de cien naves largas, y envió para ello considerable número de obreros navales; y como la Grecia estaba tranquila, gracias á la marcha de Atalo y á los socorros que con tanta oportunidad había prestado él á los aliados, regresó á su reino para hacer la guerra á los dardanios.

Al final del estío en que se realizaron estos acontecimientos en Grecia, Q. Fabio, hijo de Máximo, legado

de M. Livio, se presentó en el Senado para decir que el cónsul opinaba que bastaba L. Porcio y sus legiones para defender la Galia; que por su parte creía poder dejar aquella provincia y retirar el ejército consular. El Senado llamó no solamente á M. Livio, sino que también á su colega C. Claudio. La única diferencia que entre ellos hizo el decreto fué la de mandar regresar al ejército de M. Livio, mientras que las legiones de Nerón, que hacían frente á Anníbal, debían permanecer en su provincia. Los cónsules se escribieron y acordaron que, así como en la gestión de los negocios habían estado animados de iguales sentimientos, así también, aunque partiendo de puntos opuestos, entrarían juntos en Roma, debiendo esperar á su colega el primero que llegase á Prenesto. La casualidad hizo que los dos llegasen el mismo día á esta ciudad. Desde aquí enviaron un decreto convocando, para el tercer día, una asamblea del Senado en el templo de Belona; en seguida, en medio de la multitud que se precipitaba á su encuentro, avanzaron hacia Roma. No se limitaban á saludarles cuando se agrupaban en torno suyo, sino que cada cual ansiaba tocar sus manos victoriosas, felicitándoles, dándoles gracias por haber salvado la república. Cuando, según la costumbre de todos los generales, hubieron dado cuenta de sus operaciones al Senado, pidieron «que en consideración á los triunfos debidos á su valor se diese gracias á los dioses inmortales y que á ellos se les permitiese entrar en triunfo en Roma». El Senado accedió á su petición «por gratitud, dijo, primero á los dioses, y después de los dioses á los cónsules». Ordenáronse oraciones públicas en su nombre, y se concedió el triunfo á los dos. Pero como habían procedido de concierto en sus operaciones, no quisieron separar su

triunfo, y convinieron «que, como la victoria se había conquistado en la provincia de M. Livio y el día de la batalla fué aquel en que debía éste tomar los auspicios, puesto que su ejército había sido llamado á Roma y el de Nerón no había podido dejar su provincia, M. Livio entraría en Roma en una carroza con cuatro caballos y seguido por sus soldados; C. Claudio marcharía á caballo y sin comitiva». Esta asociación del triunfo realzó la gloria de los generales, pero especialmente de aquel que había tenido más parte en la victoria y cedía en el triunfo la más hermosa á su colega: «aquel jinete, decían, era el que en seis días había atravesado la Italia en toda su longitud y dado batalla á Asdrúbal en la Cisalpina, cuando Anníbal le creía en la Apulia, acampado en su presencia. De esta manera, el mismo cónsul, en los dos extremos de Italia, había hecho frente á dos generales enemigos, generales famosos, oponiendo al uno su política y al otro su persona. El nombre de Nerón había bastado para retener á Anníbal en su campamento; y en cuanto á Asdrúbal, la expedición del cónsul había sido causa de su ruina y su muerte. El otro cónsul podía mostrarse pomposamente sobre una carroza con atalaje tan numeroso como le pluguiera; un caballo sólo paseaba por Roma al verdadero triunfador; y Nerón, marchando á pie, brillaría siempre con la doble gloria de una batalla ganada y un triunfo desdeñado.» Así discurrían los espectadores que acompañaron á Nerón al Capitolio. Las cantidades entregadas al Tesoro se elevaron á tres millones de sextercios (1) y ochenta mil libras de peso de bronce. Los soldados de M. Livio recibieron cincuenta y seis

(1) El sextercio valía 21 céntimos. Es la primera vez que Tito Livio menciona una cantidad en sextercios.

ases por cabeza; C. Claudio prometió dar á los suyos igual cantidad cuando se reuniese á su ejército. Observóse que aquel día los soldados en sus himnos y canciones celebraron más á C. Claudio que á su general; que los caballeros ensalzaron el mérito de los legados L. Veturio y Q. Cecilio, invitando al pueblo para que les nombrase cónsules para el año siguiente; y que al otro día apoyaron la recomendación los cónsules, recordando ante el pueblo reunido lo que debían al valor y fidelidad de los dos legados.

Como se cercaba la época de los comicios y se quería un dictador para presidirlos, el cónsul C. Claudio invistió con esta dignidad á su colega M. Livio, que eligió á Q. Cecilio para jefe de los caballeros. El dictador creó cónsules á L. Veturio y al mismo Q. Cecilio, que había tomado por jefe de los caballeros. En seguida celebraron los comicios pretorianos, y se nombró á C. Servilio, M. Cecilio Metelo, Tib. Claudio Asele y Q. Mamilio Turino, que entonces era edil plebeyo. Después de los comicios abdicó el dictador, licenció el ejército y partió para la Etruria en virtud de un *senatus-consulto*, para hacer una investigación y averiguar quiénes eran los etruscos y los umbríos que, á la llegada de Asdrúbal, habían aconsejado abandonar el partido de los romanos, y los que le habían suministrado refuerzos, provisiones y otros socorros. Estos fueron todos los acontecimientos civiles y militares del año. Los juegos romanos se celebraron tres veces con la pompa acostumbrada, por los ediles curules Cn. Servilio Cepión y Ser. Cornelio Lentulo. También se representaron por completo los juegos plebeyos, pero una sola vez, por los ediles del pueblo M. Pomponio Matho y Q. Mamilio Turino. El año décimotercio de la guerra púnica, los

cónsules L. Veturio Filo y Q. Cecilio Metelo obtuvieron los dos el Brucio por provincia, con la dirección de la guerra contra Anníbal. Los pretores sortearon en seguida sus provincias: M. Cecilio Metelo tuvo la jurisdicción urbana; Q. Mamilio la de los extranjeros; C. Servilio la Sicilia y Tib. Claudio la Cerdeña. Los ejércitos se dividieron de este modo: uno de los cónsules recibió el de C. Claudio, cónsul saliente; el otro el del propretor Q. Claudio, compuesto de dos legiones: en Etruria, las dos legiones de voluntarios, mandadas por el propretor C. Terencio, pasaron á las órdenes del procónsul M. Livio, prorrogado en el mando por un año. Q. Mamilio, cediendo la jurisdicción de los extranjeros á uno de sus colegas, debía ocupar la Galia con el ejército del propretor L. Porcio, con orden de talar las tierras de los galos que se entregaron á los cartagineses á la llegada de Anníbal. C. Servilio, con las dos legiones de armas, sucedía á C. Mamilio en la provincia de Sicilia. Llamóse de Cerdeña al antiguo ejército que había mandado allí A. Hostilio, y los cónsules levantaron otra legión que debía llevar con él Tib. Claudio. Prorrogóse por un año á Q. Claudio en el mando de Tarento y á C. Hostilio Tubulo en el de Capua. El procónsul M. Valerio, que había estado encargado de defender las costas de Sicilia, recibió orden de entregar treinta naves á C. Servilio y llevar el resto de la flota á Roma.

En medio de los azares é inquietudes que causaba aquella guerra tan terrible, acostumbrada Roma á atribuir á los dioses todos sus triunfos y reveses, recibía noticia de considerable número de prodigios. En Terracina y en Satrico el de la diosa Matuta, habían sido heridos por el rayo. Igualmente asustados estaban en

Satrico por la aparición de dos serpientes en el templo de Júpiter, en el que habían entrado por la misma puerta. Decíase que en Anzio habían encontrado los segadores espadas cubiertas de sangre. En Cerea había nacido un cerdo con dos cabezas; hablábase también de un cordero que tenía los dos sexos. En Alba se habían visto dos soles; Fregela había estado durante la noche iluminada por repentina claridad; en el campo romano había hablado un buey; el altar de Neptuno, situado en medio del circo Flaminió, se había cubierto de sudor; los templos de Cerea, de la diosa Salud y de Quirino habían sido heridos por el rayo. Encargóse á los cónsules expiar estos prodigios inmolando víctimas mayores y disponiendo un día de rogativas, ordenándose estas disposiciones por un senatus-consulta. Pero prodigio más alarmante que todos los anunciados de fuera ó vistos desde la misma ciudad, fué la extinción del fuego sagrado en el templo de Vesta. La vestal que estaba de guardia aquella noche, fué azotada con varas por orden del pontífice L. Licinio. Este acontecimiento no era aviso de los dioses, sino efecto de la negligencia humana; sin embargo, creyóse deber inmolarse víctimas mayores y hacer una rogativa en el templo de Vesta. Antes de su marcha para la guerra, el Senado invitó á los cónsules á que se ocupasen de reemplazar á los cultivadores en los campos. La protección de los dioses había llevado la guerra lejos de Roma y del Lacio, y sin peligro se podía volver á los campos. Cosa extraña sería que se atendiese más al cultivo de Sicilia que al de Italia. Pero no era esto fácil para el pueblo: la guerra se había llevado los cultivadores libres y faltaban esclavos; los rebaños habían sido arrebatados, y las granjas destruidas ó incendiadas. Sin embargo, per-

suadidos por los Cónsules, gran parte de los labradores volvieron á los campos. Sobre este punto llamaron la atención las quejas de los legados de Plasencia y de Cremona. Decían éstos que sus vecinos los galos recorrían y devastaban sus tierras; habían dispersado á la mayor parte de los cultivadores, las ciudades estaban despobladas y desiertos y abandonados los campos. Encargóse al pretor Manilio de atender á la seguridad de las colonias, y los cónsules ordenaron, por un senatus-consulta, que todo ciudadano de Cremona y de Plasencia, antes de un día señalado, regresase á su patria. Hecho esto, al comenzar la primavera partieron para la guerra. L. Cecilio tomó el ejército de C. Nerón; L. Veturio el del propretor Q. Claudio, que completó con nuevas levadas. Los cónsules llevaron sus tropas al territorio de Consencia y lo talaron en todos sentidos. Cargadas de despojos regresaban las tropas, cuando las sorprendieron en estrecho desfiladero los brutinos y los honderos nómadas. En el desorden del ataque, los soldados estuvieron á punto de perder, no solamente el botín, sino que también la vida. Sin embargo, aquello antes fué alarma que combate. Las legiones enviaron delante el botín, y llegaron sin desorden á punto seguro. Desde allí marcharon á la Lucania, y sin combate alguno, toda la población de aquella comarca entró bajo el dominio de Roma.

Aquel año no se trabó batalla con Annibal. Impresionado todavía por el golpe que había herido á su patria y su familia, no buscó á los romanos, y éstos no le turbaron en su descanso; tan poderoso le creían por su solo genio, cuando todo se derrumbaba en derredor suyo! No sé, en verdad, si no fué más admirable en sus reveses que en medio de sus victorias. Acampado en